

## **La representación inconciente de sí, en los trastornos narcisitas \***

RICARDO E. BERNARDI

### **RESUMEN**

La metapsicología freudiana recurre al concepto de representación-cosa para señalar aquello que es investido por la libido de objeto; sin embargo, no queda igualmente señalado qué es lo investido por la libido yoica.

Este trabajo busca desarrollar a ese respecto el concepto de representaciones de sí en el marco de la teoría metapsicológica de Freud. Para ello se toma como base el material de un paciente que presentaba características similares a las que Kohut ha descrito como transferencias especulares en los trastornos narcisistas de la personalidad.

Muchas de las formaciones sustitutivas que presentaba el material pueden ser vistas como retoños de representaciones de sí arcaicas, que son reprimidas por ser incompatibles con el yo adulto.

Comparando estas representaciones de sí arcaicas que se ven en este paciente, con las representaciones-cosa de objeto señaladas por Freud, se puede observar una serie de diferencias.

**a)** Estas representaciones de sí en tanto representación serían huellas de experiencias de satisfacción con el cuerpo propio o con el cuerpo materno, no distinguido aún del propio como ocurre en el adulto.

**b)** En cuanto representantes de la pulsión, estas representaciones de sí probablemente guarden una mayor relación estructural con la fuente pulsional, pero además permiten conjugar, en una doble articulación, fines activos y

---

\* Versión modificada del trabajo presentado al XIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis (Rio de Janeiro, 1980) con el título de “Personalidad narcisista y representación inconciente de sí.”

pasivos. Probablemente esto, unido al punto anterior, sea lo que se expresa en fantasías de androginia, autoengendramiento o duplicación.

**c)** Por último, mientras en la representación de objeto la “cosa” representada tiene un lado que, como señala Freud en el Proyecto, permanece inasimilable y replegado sobre sí mismo, en estas representaciones de sí la cosa es asimilada a una experiencia con el propio cuerpo.

Estas representaciones de sí arcaicas apuntan a la situación de ser dos a la vez que uno. Tales situaciones pueden buscarse por medio de la duplicación especular en un igual, pero diversas consideraciones llevan a pensar más bien que lo esencial es la búsqueda de una concordancia mutua a través de una sincronización de ritmos (palabras, miradas, movimientos), del mismo modo que las distintas partes de un concierto forman una unidad.

Por último, desde esta perspectiva, el narcisismo puede ser visto como una dimensión de la vida psíquica en la que operan diversas fuerzas pulsionales a través de las representaciones de sí, las cuales se pueden hallar en diferente situación tópica, dinámica o económica, e interrelacionarse en diversa forma y grado con las representaciones propiamente objétales.

Freud ha sostenido (1914) que en el narcisismo la libido inviste al yo; la relación entre libido yoica y libido de objeto es comparada a la relación entre una ameba y sus pseudópodos.

¿Pero qué es exactamente aquello del yo que inviste la libido? Acerca de este punto la metapsicología freudiana nos dice muy poco, si lo comparamos con lo que ha estudiado sobre las investiduras de objeto. Respecto de estas últimas Freud ha formulado una concepción del aparato psíquico que articula el polo pulsional con el objeto exterior a través de los conceptos de representante pulsional (Triebrepräsenz), representante-representación (Vorstellungsrepräsentanz), representación-cosa (Sach o Dingvorstellung), representación-palabra (Wortvorstellung), etc. No encontramos ideas igualmente explícitas en cuanto a las investiduras de la libido narcisista. Las distintas opiniones sobre el reservorio inicial de la libido (Freud, 1923: Strachey,

J., Apéndice B), ilustran la dificultad de esta cuestión, cuyo abordaje, sin embargo, resulta ineludible para quien intente conceptualizar el narcisismo.

Los problemas relativos a las investiduras del yo han encontrado diferentes respuestas en la literatura analítica. Esquemáticamente puede decirse que mientras los autores de habla inglesa han recurrido a la noción de "self" (aunque con diferente significado según los autores), analistas de inspiración lacaniana han puesto el acento en la necesidad de distinguir al sujeto (inconciente) de las imágenes especulares que conforman el *moi*. No parece sencillo establecer equiparaciones entre estas distintas líneas de investigación; véanse al respecto las dificultades que encuentra Rosolato (1976) para cotejar el concepto de sujeto (en el sentido que le da Lacan), con el de *self*. //Es de interés señalar que estos diferentes conceptos corresponden en realidad a teorías que son entre sí "inconmensurables", conforme a la acepción que J.S. Kuhn (1982) adjudica a este término. El intento de pensar las diferentes teorías psicoanalíticas desde este ángulo ha sido efectuado por un grupo de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay integrado por M. Nieto, J.L. Brum, L. Müller, A. Ginés y el autor de estas líneas, en un estudio sobre "la diversidad de teorías en Psicoanálisis" (Repartido interno de la API), 1981).//

En el presente trabajo me interesa acometer el problema de las investiduras narcisistas a partir de un material clínico que plantea estas cuestiones en forma nítida. Me ha parecido que la noción de "representaciones de sí" (R. de sí) era la mejor manera de conceptualizar dicho problema. De este modo retomo, al menos parcialmente, ideas expuestas por diferentes autores; por ejemplo, H. Kohut (1971, 1977); E. Jakobson (1954); J. de Saussure (1971), entre otros. No es ahora mi propósito, sin embargo, estudiar estas distintas formulaciones (aunque presentan un gran interés), sino el intento de buscar la conexión entre la idea de R. de sí y la teoría freudiana de las representaciones (*Vorstellungen*) inconcientes.

Me referiré en especial al análisis de un paciente, a lo que agregaré material proveniente de otras observaciones; todos estos casos coinciden asombrosamente con lo que H. Kohut (1971,1977) ha descrito como trastornos narcisistas de la personalidad.

Las fantasías inconcientes que fueron emergiendo a lo largo del análisis eran de tinte megalomaniaco. Consistían en una serie de fantasías de

completud y de perfección (“esferas inmóviles, unión de los contrarios”), de androginia, de autoengendramiento o de duplicación (en el sentido de ver al otro como un igual, una sombra o extensión suya, o imaginarse continuado por iguales a sí). Estas fantasías eran muy semejantes a las descritas entre nosotros por J. L. Brum (1977, 1981) como típicas de las formaciones narcisistas. Aparecían sobre todo en sueños o relatos en los que predominaba una cualidad estética, y un despliegue de brillo y colorido. Este material tendía a provocar un estado de fascinación en el analista; pero a diferencia de las situaciones perversas típicas, estas fantasías sólo surgían tras el vencimiento de fuertes resistencias y era con asombro y renuencia que el paciente descubría que estaba buscando deleitar y deleitarse con su propia belleza.

Lo más significativo estaba en la naturaleza de la transferencia. El paciente deseaba que yo lo contemplara o, más bien, contemplarse desde mi lugar, desde mi mirada. Al principio yo intentaba interpretar este material en términos de seducción, o de rivalidad, o bien de partes de él puestas en mí, sin que esto hiciera progresar el análisis ni aportara una comprensión real de la situación transferencial. Creo que estas interpretaciones en términos objétales estaban desconociendo de hecho la transferencia propiamente narcisista. A diferencia de la seducción histérica, el paciente estaba atento a mi mirada, no para ver el efecto que producía en mí (como alguien separado, yo no le interesaba), sino que buscaba mi ojo para estar él también allí, haciendo suya la emoción que suponía que su belleza producía en mí. Si deseaba inconscientemente fascinarme y provocar mi éxtasis era para así experimentarlo también él, uniéndose conmigo en esa misma emoción.

A medida que esta forma de transferencia fue comprendida e interpretada fue haciéndose evidente que por momentos tenía un carácter transitivo y especular. Mi función era la de devolverle el reflejo o el eco de su imagen grandiosa. Kohut evoca en este respecto “el destello del ojo materno que refleja a modo de espejo el despliegue exhibicionista del niño”. En otros momentos la vivencia transferencial se hacía más regresiva: yo era sentido como si fuera semejante a él (a su imagen grandiosa) o él buscaba la unión de ambos en una unidad (Kohut les llama, respectivamente, transferencia gemelar y transferencia fusional). Sin embargo, algo que creo que Kohut no jerarquiza, era que no sólo o no tanto se trataba de una búsqueda de simetría o especularidad, sino, sobre todo, de acciones con las que ambos nos complementásemos recíprocamente

como una sola unidad. Aparecía como muy deseado, por ejemplo, el lograr una armonía de miradas y de voces que formaran una única melodía. Cuando yo no daba indicios de comprender este material, el paciente se encerraba en un discurso racional y abstracto que había sido característico del principio del análisis. En cambio, cuando se sentía comprendido permitía que emergieran las representaciones narcisísticas (por ejemplo, las de un niño maravilloso). Por mí parte yo sentía a veces un malestar indefinido que creo que correspondía a la tensión narcisística mía frente a esta forma de vínculo. Incluso éste podía parecerme agresivo cuando no lo comprendía adecuadamente: en estas formas de unión yo no era reconocido como otro separado sino que desempeñaba un papel anónimo sólo valorado, como lo ha señalado Kohut, en la medida en que coincidiera con sus reclamos narcisistas.

A partir de este material podemos discutir las implicancias teóricas de la noción de R. de sí.

En primer lugar ¿cabe calificarlas de “inconcientes” en sentido sistemático? Creo que sí, porque sólo se accede a ellas una vez vencidas las resistencias de la represión, infiriéndolas a partir del material de sueños, lapsus, fantasías, etc. Podemos decir entonces que estas representaciones de sí, investidas con libido sexual narcisista infantil, por ser incompatibles con el yo adulto y sus representaciones, debieron ser reprimidas y permanecieron inconcientes. Son sus retoños los que aparecen en las diversas formaciones sustitutivas (sueños, síntomas) y en especial en la transferencia. (Riera Aulagnier arriba a una conclusión diferente al postular un Yo inconciente, efecto de la represión (1975, p. 174), o sea enunciados identificatorios que, aunque reprimidos e inconcientes, siguen perteneciendo al Yo. Probablemente apoye tal postura en el hecho de que estos enunciados pertenecieron al yo antes de ser reprimidos. Pero me parece más convincente sostener que aquellos que fueron reprimidos perdieron efectivamente sus conexiones con el yo y al perder esta unión con las representaciones-palabras, pasaron a ser inconcientes. De esta manera evitamos tener que postular la división sistemática Cc-Inc. en el interior del Yo, lo cual resulta un contrasentido.)

Como vemos, este esquema no difiere del propuesto por Freud para la neurosis salvo en un punto: el conflicto tiene que ver con R. de sí más que con representaciones de objeto. Aquí corresponde abrir un segundo interrogante y

preguntarnos por la validez de la distinción entre representaciones de sí y representaciones de objeto. La respuesta a esta pregunta exige prestar atención a lo que ocurre en la clínica.

En las neurosis son las representaciones de objeto las que deben ser puestas en el primer plano. Las R. de sí, en cambio, dependen del lugar que el sujeto ocupa en la acción pulsional dirigida al objeto. La auto-estima o el sentimiento de sí (Selbstgefühl) es en gran medida subsidiario del tipo de relación establecido con el objeto. La formación del ideal interioriza estos vínculos entre el amor a sí mismo y la relación con el objeto. Esto es lo que Freud ha descrito en la 3a. parte de la Introducción al Narcisismo.

En las psicosis, por el contrario, no podemos establecer el mismo tipo de diferenciación y de articulación entre R. de sí y representaciones de objeto. Las identificaciones narcisistas en la melancolía, la fusión entre el yo y el ideal en la manía o los fenómenos de desintegración en la esquizofrenia, muestran que el problema de las R. de sí debe ser abordado a partir de otras consideraciones. Por otra parte, en este trabajo me he limitado exclusivamente al aspecto libidinal de estos fenómenos.

Lo que H. Kohut ha descrito como trastornos narcisistas nos ofrecen, en cambio, una situación óptima para observar ciertas características de las R. de sí. Creo que justifican este nombre porque el movimiento pulsional tiene un carácter reflejo que apunta al propio cuerpo (o a un cuerpo exterior que puede ser sentido como propio). El objeto exterior está sin duda presente, pero existe en función de esta forma peculiar (“autoerótica”) de experiencia de satisfacción.

Intentaré ahora cotejar estas R. de sí en relación con la noción freudiana de “Vorstellung”. Freud distingue entre la representación inconsciente o representación-cosa (Ding o Sachvorstellung) y la representación consciente o representación-palabra (Wortvorstellung) unida a la representación-cosa. La representación-cosa es caracterizada como “la investidura, si no de la imagen mnésica directa de la cosa, por lo menos de huellas mnésicas más lejanas derivadas de las primeras”. Este es un concepto complejo y en un trabajo anterior (1978) he señalado que podía analizarse desde una triple perspectiva: a) la representación-cosa como representación, esto es, como huellas ligadas a las experiencias de satisfacción y al cumplimiento de deseos;

b) como representantes pulsionales, que se organizan entre sí por mecanismos de desplazamiento y condensación en relación con las fantasías originarias y el Edipo;

c) como cosa representada, "cosa" que, como señala Freud en el "Proyecto", por un lado puede ser asimilada por el sujeto a la experiencia con su propio cuerpo, mientras por otro lado permanece como "cosa" replegada sobre sí misma e inaccesible.

Consideraremos a la R. de sí de acuerdo con estas dimensiones.

En el trabajo citado más arriba decía que la representación-cosa en tanto representación, hace que se re-presente o coloque delante (vor-stellen) del sujeto una configuración perceptiva (huella mnémica derivada) que, al estar ligada a una experiencia de satisfacción, guiaría la búsqueda pulsional del objeto exterior y marcaría la posición del sujeto. Este último punto, o sea la posición del sujeto, es lo que quiero analizar ahora, mostrando cómo las R. de sí ponen de manifiesto, en las neurosis, la manera en que la libido narcisista acompaña a la libido de objeto.

En aquel trabajo tomaba el ejemplo del Hombre de los Lobos frente a la imagen de unas nalgas, por ej., las de Gruscha. Parece claro que en ese caso la acción pulsional (seducción) devuelve al sujeto de esa acción una imagen o una R. de sí determinada (activa, fálica, uretral). Pero ésta queda siempre en un segundo plano frente a la importancia de la representación del objeto y de la meta pulsional, que son los verdaderos representantes pulsionales.

Si el ser humano fuera un animal en el que la descarga pulsional no implicara conflicto, es muy probable que la autoconciencia fuera un fenómeno tenue y fugaz, sin llegar a dar consistencia a distintas imágenes de sí. Pero al ser esencialmente conflictiva se produce la persistencia de diferentes R. de sí, que acompañan a los distintos destinos de la pulsión. Estas R. de sí poseerán diferente localización tópica y grado de investidura y de cohesión.

Volviendo al ejemplo de Lobos, vemos que las R. de sí no dependerán sólo de aquella respuesta ante las nalgas de Gruscha sino de la situación de fragmentación que había sufrido la libido frente a la escena primordial. Las diferentes corrientes de esta libido fragmentada serán acompañadas por diversas R. de sí, que poseerán un mayor o menor grado de coherencia e integración recíprocas. Siguiendo con nuestro ejemplo, podemos ver cómo las

nalgas de la madre se sustituyen por las propias, acompañando el cambio en la actitud pulsional ante el padre. Del mismo modo, cuando hace el intento de seducción ante Gruscha y fracasa es posible suponer que se inscriben, reactivan o transforman diferentes R. de sí, caracterizadas por rasgos activos las unas, pasivos otras, o fálicas y triunfantes, o castradas, etc.

Seguramente, lo que estoy exponiendo implica procesos más complejos desde el punto de vista metapsicológico. El colocar sus nalgas en lugar de las de la madre implica un cambio en los destinos de la pulsión caracterizado por la vuelta sobre el yo propio y la-transformación de la actividad en pasividad. Estos procesos, nos dice Freud (1915), hacen que la libido pueda retroceder hacia el objeto narcisista y esto seguramente acarrea modificaciones a nivel de las R. de sí (que podrían ser las que se expresan, por ej., en la fantasía narcisista de estar envuelto en un velo o cofia). Al ocurrir la represión de las representaciones de objeto, las R. de sí acompañan a éstas en su proliferación inconciente, dando lugar a imágenes del sujeto que son inconciliables con las representaciones del yo conciente.

Los procesos identificatorios en el yo van a estar sometidos a la influencia de este juego inconciente de las R. de sí. En cierto sentido se podría decir que las identificaciones yoicas están constituidas por los “retoños” de las R. de sí inconcientes//También es posible advertir esta conexión entre R. de sí inconcientes y procesos en el yo en otros ejemplos, tales como las imágenes que Dora trae en los sueños sobre sus genitales (sucios - virginales - desflorados - viriles - castrados, etc.) o en la identificación del Hombre de las Ratas con una rata (capaz de morder, etc.). No creo que se pueda sostener que estas R. de sí forman parte del yo, puesto que poseen lazos indisociables con el resto del material inconciente reprimido. Desde el punto de vista de la claridad terminológica, incluso convendría, tal vez, reservar el término identificación para aquellos procesos que ocurren en el yo (aunque sean descriptivamente inconcientes) y recurrir a las R. de sí para referirse a los inconcientes propiamente dichos.//Este análisis podría extenderse a las formaciones ideales del yo y al Superyo.

Si volvemos ahora al material clínico presentado más arriba, nos encontramos con una diferente relación entre la R. de sí y la representación de objeto. El paciente quería deleitarse contemplando su geografía corporal (que era propia y/o materna - esta distinción no era relevante desde el punto de vista

libidinal). Seno, pene, vientre, pene y vientre gravídico, curvas que se contenían, curvas que se duplicaban: este juego de elementos corporales recreaba en sueños o fantasías la imagen de una totalidad o completud. Pero había algo más: si el cuerpo contemplado era a la vez propio y materno, también se buscaba que el placer del ojo que mira fuera a la vez propio y compartido.

El objeto tiende entonces a ser vivido con un estatuto similar al de la experiencia del sujeto con su propio cuerpo. En este punto R. de sí y representación-cosa de objeto vuelven a marcar sus diferencias, por cuanto en las primeras la referencia al cuerpo (en forma refleja) juega un papel esencial, lo que les da su peculiaridad en tanto representantes pulsionales y en tanto “cosa” representada.

En los trastornos narcisistas, lo que no ocurre en la neurosis, la distinción del otro en tanto “cosa” distinta del propio cuerpo tiende a borrarse a favor de las formas primitivas de amor regidas por el principio de placer. Por esto es que Kohut habla de “objetos del self” (*se/f objects*). Esto coincide con la concepción de Freud de un yo-placer (*Lust-Ich*) primitivo, que recoge en su interior a los objetos que le son fuente de placer (1911, 1915 a 1925). Precisamente creo que en el caso referido el poder recapturar la fuente de placer representada por el otro y el poder asegurársela contra todo riesgo de pérdida o falla es el motor del deseo transferencial. Deseaba fascinar al analista para de ese modo ser admirado por alguien a quien pudiera sentir como parte de sí mismo y participar de ese modo del placer que despertaba, seguro de no sentir su falta o fracaso (experiencias que jugaron un papel importante en su historia real).

A este respecto se puede recordar lo que decía Freud respecto del niño que succiona su propia piel: de esta manera se independiza del mundo exterior y se procura, por así decir, una segunda zona erógena. Cuando más tarde busca un objeto exterior podemos imaginarlo diciendo: “Lástima que no pueda besarme a mí mismo”.

Esto parecía claramente expresado en las formas de placer visual que buscaba. La fantasía era la de una particular unión del que mira (o escucha) y del que es mirado (o escuchado), de tal manera que podía estar a la vez en forma activa en el mirar y en forma pasiva en el ser mirado. De esta forma se reeditaría la forma refleja que Freud colocaba en el origen de la pulsión visual:

Uno mismo mira el miembro sexual = El miembro sexual es mirado por uno mismo.

Pienso que tiene mucha importancia la forma en que estas R. de sí conjugan los fines activos y pasivos. Podemos pensar con fundamento que esta doble articulación de la meta pulsional, activa y pasiva a la vez, es la que se expresa en las fantasías de androginia o autoengendramiento. A partir de esta necesidad de asegurarse ambos polos, activo y pasivo, de la acción pulsional, se pueden entender también fantasías presentes en observaciones de otros pacientes (por ejemplo, de succión del propio pene).

El analista juega en estas fantasías un papel particular: se siente desconocido como persona separada (y de ahí el malestar a nivel contratransferencial), a la vez que percibe que el vínculo es muy importante para el paciente.

Esta situación podría resumirse en la frase: “ser dos a la vez que uno”. Esto suscita interesantes cuestiones que están vinculadas a las que Freud planteaba en torno a la identificación primaria.

En un primer momento me pareció que este tipo de vínculo podía ser entendido como una forma especular de igualdad o simetría. De hecho, en una de las observaciones, el pedido inicial del paciente era el de encontrar “una correspondencia biunívoca” con el analista. Sin embargo, creo que al ponerse en marcha el análisis puede verse que esta idea de una relación especular aparecía, como he dicho, con un carácter secundario o subordinado. Este es un punto que, como he dicho, Kohut no desarrolla y al que quisiera referirme ahora.

Las fantasías que fueron ocupando el primer lugar en el material eran las de una sincronización de ritmos o una secuencia unitaria que daba paso a formas cambiantes. Partes de un concierto, engranar dos ruedas, armonías, movimientos de una danza, jugadas entre dos, eran ideas que iban en esa dirección. Estos ritmos sincrónicos permitirían que el yo sintiera que el otro, en tanto fuente de placer, formaba parte de sí (que es lo que he desarrollado hasta ahora), pero también creaban una nueva forma de complementariedad que abría camino al reconocimiento de las diferencias y permitía superar la inmovilidad de la situación anterior. Tanto el narcisismo como el amor objetal pueden encontrar sus raíces en las huellas de estas experiencias de

satisfacción constituidas por los encuentros sincrónicos. Estas huellas se configurarían como R. de sí propias de los trastornos narcisistas cuando son reinscritas como afirmación megalomaniaca de la capacidad de autogenerarse placer.

Vistos desde esta perspectiva, los fenómenos propiamente especulares (de correspondencia total) parecen constituir una forma perturbada, tal vez detenida y mutilada, de este tipo de vínculos.

Diversos neonatólogos actuales han señalado la importancia de estas sincronías o interacciones recíprocas entre madre e hijo en los primeros meses de vida. En un trabajo realizado conjuntamente con una psicoanalista y con un neonatólogo (Bernardi, R. Díaz, J.L. Schkolnik, F., 1980), examinamos algunas de estas investigaciones. Creo que se puede afirmar que existen no sólo similitudes, sino también ciertas analogías estructurales entre la situación clínica analizada en este trabajo y dichas formas tempranas de relación madre-hijo.

Podemos, por último, intentar poner en conexión estas ideas con lo que Freud desarrolla, en la parte final de Pulsiones y sus destinos, con respecto a las polaridades de la vida psíquica.

Freud señala allí tres polaridades que gobiernan la vida anímica, a saber las oposiciones entre:

Sujeto (yo) – Objeto (mundo exterior)

Placer – Displacer

Activo – Pasivo

Podemos suponer con fundamento que estas polaridades comienzan a establecerse según el modo como se da la relación del niño con su madre. En el período previo al lenguaje, los ritmos y sincronías que hemos señalado podrían ser uno de los elementos que permiten progresar al niño a través de períodos en que se afirma o se niega la distinción entre yo y mundo exterior, se complementan o se separan actividad y pasividad y se pasa del placer al displacer o viceversa. Si estas polaridades se establecen en forma adecuada, esto facilitará que las R. de sí se distingan de las del objeto, a la vez que ambas permanezcan interrelacionadas. En el Complejo de Edipo señalado por Freud en la neurosis encontramos re presentaciones-cosa de los objetos edípicos que no están fusionadas con las representaciones de sí.

Las perturbaciones narcisistas muestran una situación diferente respecto de este punto. Freud ya señalaba que la primitiva organización narcisista, el yo placer, busca hacer coincidir dos de estas polaridades (el yo-sujeto con el placer y el mundo exterior con el displacer).

Podemos ver que a partir del borramiento de estas polaridades se abren formas de transición con otros cuadros.

Cuando nos acercamos al polo perverso encontramos que predomina la doble afirmación de lo activo-masculino y de lo pasivo-femenino, ya sea en el sujeto o en el objeto (lo que acarrea que el sujeto no se enfrente a la castración). Nos acercamos al polo psicótico, en cambio, cuando lo que parece borrarse es la distinción yo-mundo exterior, a la vez que la tensión placer-displacer deja paso a la tendencia al Nirvana y a la defusión pulsional (todo lo que puede llevar a la desintegración de las representaciones de sí).

Por último cabe una reflexión sobre el concepto de narcisismo. Este estaría determinado no tanto por la dirección de las investiduras libidinales, sino que señalaría una dimensión de la vida psíquica que debe ser definida en sus características (y por lo tanto, resulta insuficiente definir un tipo de trastorno, o de fenómeno, como "narcisista"). Esta dimensión puede caracterizarse más adecuadamente teniendo en cuenta la forma en que operan las fuerzas pulsionales invistiendo en grado variable a distintas representaciones de sí que pueden encontrarse en diferente situación tópica, dinámica o económica, e interrelacionarse de diferente forma y grado con las representaciones propiamente objétales.

## **BIBLIOGRAFÍA**

1. AULAGNIER, P., 1975, La Violencia de la Interpretación. Del pictograma al enunciado. Amorrortu, Bs. As., 1977.
2. BERNARDI, R. E., 1978, Representación de palabra y representación de cosa en la concepción freudiana del inconsciente. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, N° 57.
3. BERNARDI, R. E., DÍAZ ROSSELLO, J. L.; SCHKOLNIK, Fanny, 1980, Ritmos y sincronías en la relación temprana madre-hijo. Trabajo presentado en esta revista.
4. BRUM, J. L., 1977, Incesto, Androginia, Fobia. Publicación interna de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
5. BRUM, J. L., 1981, Deidades fálicas del narcisismo y del incesto. Publicación interna de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
6. DÉ SAUSSURE, J., 1971: Algunas complicaciones en la regulación de la autoestima provocadas por el uso de una imagen arcaica del self como ideal. Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, 2, 1, 1979. (International Journal of Psychoanalysis, 2,1, 1971).
7. FREUD, S., 1895, Proyecto de una psicología para neurólogos, Santiago Rueda, Editor, T. XXII.
8. FREUD, S., 1900, La interpretación de los sueños, Amorrortu, Ed., T. V.
9. FREUD, S., 1905, Tres ensayos de teoría sexual, Amorrortu, Ed., T. VII.
10. FREUD, S., 1911, Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico, Amorrortu, Ed., T. XII.
11. FREUD, S., 1914, Introducción del narcisismo, Amorrortu, Ed., T. XIV.
12. FREUD, S., 1915 (a) Pulsiones y destinos de pulsión, Amorrortu, Ed., T. XIV.
13. FREUD, S., 1915 (b) Lo inconsciente, Amorrortu, Ed., T. XIV.
14. FREUD, S., 1918, Historia de una neurosis infantil, Amorrortu, Ed., T. XVII.
15. FREUD, S., 1923, El Yo y el Ello, Amorrortu, Ed., T. XIX.
16. FREUD, S., 1925, La negación, Amorrortu, Ed., T. XIX.
17. JACOBSON, E., 1954, El self y el mundo objetal, Beta, Bs. As. (1969).
18. KOHUT, H., 1966. Formas y transformaciones del narcisismo, Revista de Psicoanálisis, T. XXVI, 2.

19. KOHUT, H., 1970, Discussion of "The self". A Contribution to its place in theory and technique. International Journal of Psychoanalysis, 1970, 51, 176.
20. KOHUT, H., 1971, Análisis del self, Amorrortu Ed. (1977).
21. KOHUT, H., 1977, The restoration of the self. International Universities Press, Inc.
22. KOHUT, H., WOLF, E., 1978, The disorders of the self and their treatment: an outline. International Journal of Psychoanalysis, 1978:59,413.
23. KUHN, T. S., 1962, La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, México (1971).
24. ROSOLATO, G., 1976, Le narcissisme. Nouvelle Revue de Psychanalyse, 13, 1976, Gallimard, París.